

Por Juan Carlos VOLNOVICH

Con el presente trabajo me propongo llamar la atención sobre uno de los problemas sociales, políticos, éticos, culturales y psicológicos más dramáticos, más controvertidos y más escabrosos en cuanto a las relaciones entre varones y mujeres se refiere: el de la explotación comercial sexual que conocemos como "prostitución". Al abordar el tema desde el lado del "cliente" pretendo acercarme a la cuestión desde la psicología del usuario: aquél que consume prostitución. Y lo hago a sabiendas que no existe una nosología que los incluya; a sabiendas que no existe un perfil particular ni un tipo de personalidad en la que los clientes, esos seres anónimos, comunes, invisibles, pudieran agruparse.

Por que si algo tienen en común los varones homo o heterosexuales que consumen prostitución es justamente eso: son invisibles. Casi todos los trabajos de divulgación o académicos que se encargan del tema coinciden en ocultar y silenciar el lugar de los clientes. Casi todas las investigaciones acerca de la prostitución eluden detenerse en aquellos que la consumen. Son escritos que, al tiempo que vehiculizan la digna intención de estudiar el fenómeno y denunciarlo, protegen con un manto de inocencia a los usuarios. Así, casi siempre hablar de prostitución es hablar de las prostitutas (putas, gays, taxi boys, travestis), de los rufianes y de los burdeles, de las mafias y de los proxenetes, pero no de los clientes. Sin embargo, el cliente, el más guardado y protegido, el más invisibilizado de esta historia, es el protagonista principal y el mayor prostituyente. La explotación de mujeres, de niños y niñas se hace solo posible gracias al cliente aunque su participación en este asunto aparezca como secundaria, como secuela de un flagelo, como subproducto de una oferta.

Decía que los trabajos que se dedican al tema los ignoran, pero a los clientes mismos les cuesta aceptar su condición. Representarse como tales. No se reconocen así.

Los clientes son tipos como cualquier otro: abogados, policías, arquitectos, psicoanalistas, gente de trabajo, políticos y desocupados. Señores de cuatro por cuatro y muchachos de bicicleta. Son púberes de más de trece años, adolescentes, jóvenes, viejos y ancianos. Casados y solteros. Son diputados y electricistas; rabinos, curas y sindicalistas. Son capacitados y discapacitados. Son tipos sanos y enfermos. En definitiva, todo varón homo o heterosexual es un potencial cliente una vez que ha dejado de ser niño. Así, no sería demasiado exagerado afirmar que la sola condición de varón ya nos instala dentro de una población con grandes posibilidades de convertirnos en consumidores.

Los clientes son, también, pacientes en análisis.

Desde el diván, **Mario** me pregunta y se pregunta

-¿Me podés decir porque lo hice? ¡Me podés explicar porque hago cosas como esas?

Mario es un triunfador del presente. A los treinta y cinco años logró todo lo que un hombre puede aspirar a realizar incluso, dominar la dialéctica entre el ser y el tener. Simpatiquísimo, tiene fama, es muy famoso, tiene facha, es muy fachero, tiene dinero, mucho dinero, vive desde hace tres años con una novia tan linda, atractiva, zarpada y famosa como él, pero además, todas las mujeres del mundo.

-¿Me podés decir porque lo hice? ¡Me podés explicar porque hago cosas como esas? Venía por la autopista (tiene una chacra, por supuesto), la llamo a Vicky y le hago saber –nosotros tenemos nuestros códigos, viste- que voy para allí y que estoy recaliente. Ella me espera toda sexy y yo... no

se, cuando llego, algo no me cerraba. Ella se dio cuenta enseguida porque me conoce como si me hubiera parido, pero yo traté de disimular, traté de pilotearla. Entonces ella me propuso ¿Y si llamamos a una chica como la otra vez? Ella sabe que a mí eso me gusta. Pero, no. No, le dije que no. Nos echamos un polvo, un polvito así nomás, de compromiso, como para zafar y rápidamente me puse a buscar excusas, a darle explicaciones, le inventé que tenía una cita con unos empresarios extranjeros, que me estaban esperando, y... me fui a buscar dos gatos. ¿Me podés decir porque lo hice? ¿Me podés explicar porque hago cosas como esas?

-Y, debe ser difícil que te cierre con una mina que te conoce como si te hubiera parido.

Si. Eso es lo que le dije y no está del todo mal pero, aun así, me parece lo menos importante. Lo más significativo, lo que me sorprendió, lo que nunca supuse que podría llegar a decir porque conozco mi oficio y un analista no hace esas cosas, lo que me salió sin querer fue:

-¿Cuánto le pagaste a los gatos?

-Quinientos dólares a cada una.

Esta vez, sí, hice lo que un analista tiene que hacer: contuve la respiración y enmudecí. Pero no pude evitar hacer el cálculo y comparar lo que me pagaba a mí con lo que le pagaba a las putas.

¿Por qué lo hace? ¿Por qué hace esas cosas?

Por qué **Marcelo**, tan joven y exitoso como Mario, paga una suma semejante a dos, tres, cuatro mujeres, según la ocasión, a veces para tener relaciones sexuales con ellas y otras, las más frecuentes, cuando está tan dado vuelta por las drogas, simplemente para verlas desnudas tocándose entre sí. Claro está. La pregunta es retórica. ¿Por qué lo hace? Lo hace por que puede. Lo hace por que tiene dinero suficiente. Pero, ¿por qué paga? si no lo necesita. Si pudiera tener lo mismo gratis.

-Gratis no es lo mismo, me dice Marcelo.

-¿Por qué no es lo mismo?

-No te lo podría explicar. Bien no lo se, pero no es lo mismo.

-Pero vos podrías estar con esas u otras chicas si quisieras y no tendrías que pagarles.

-Sí. Pero lo que pasa es que yo a mi novia la quiero y no puedo hacerle una cosa así. Yo no podría traicionarla. Yo se que, si quiero, me puedo levantar a esas y a otras minas, pero para eso tengo que remar –poco, a decir verdad- pero algo tengo que hacer, y para mí eso es como serle infiel. Yo me moriría de vergüenza si en medio de esa escena apareciera mi novia. Me sentiría reculpable. No podría tolerarlo. En cambio, si me encuentra con los gatos, nada. Si yo, salvo la plata, no puse allí nada de mí. ¿Qué me puede reprochar?

**Julián.** Cuando Juli estaba por terminar la secundaria con la medalla de oro asegurada y el campeonato nacional de *counter stike* en el bolsillo, no hacía otra cosa que soñar con el viaje de egresados. Bardo, descontrol, y la mejor oportunidad, el momento anhelado para su iniciación sexual. El regreso fue lamentable. "Un bajón". Volvió del viaje de egresados sin más gloria que la gloria de haberse emborrachado. Y no sólo él. Pasó lo mismo con casi todos sus amigos. Entonces, cuando el fin de semana siguiente Felipe, uno de ellos, se quedó solo en la casa porque los padres viajaron, contrataron a una puta, una de esas que aparecen en los avisos clasificados de Clarín. La recibieron,

era una negra dominicana fea y gorda, dice, la hicieron pasar al dormitorio y uno a uno cantaron presente allí. Pasaron dos años desde aquella experiencia, Julián ahora tiene una novia de su misma edad con la que, claro está, tiene relaciones sexuales y "curte" con alguna que otra amiguita cada tanto pero aun así, no ha perdido el hábito de encontrarse con sus amigos para repetir la "hazaña" de aquella ceremonia inaugural.

Si quienes leen este trabajo sospechan que la liberación sexual de los sesenta abolió la práctica de iniciarse con prostitutas, no tienen más que frecuentar los "saunas" de todo tipo que inundan la ciudad para comprobar que Julian y Felipe no son casos aislados.

Recientemente, el 18 de octubre, Saïd Bouamama presentó una investigación realizada en Francia y auspiciada por el *Mouvement du Nid* ante la presencia de Nicole Ameline, la Ministra de la Paridad y la Igualdad Profesional (una especie de Secretaría de la Mujer). El elocuentísimo título de la investigación firmada por Saïd Bouamama -un sociólogo del IFAR (el Instituto de Intervención, Formación, Acción e Investigación. *L'institut Intervention, Formation, Action et Recherche*), es "El hombre en cuestión: el proceso de devenir cliente de la prostitución".

La investigación consistió en centenares de entrevistas semidirectivas realizadas a varones que voluntariamente aceptaron participar del proyecto y que espontáneamente se prestaron para responder. Fueron convocados a través de avisos que aparecieron en los diarios (también en periódicos de distribución gratuita) bajo la siguiente consigna: "el clientelismo es una construcción social y no, producto de una tara individual pasible de ser curada o reprimida. ¿Está usted dispuesto a participar en una investigación sobre prostitución?".

Del análisis de las entrevistas se pudieron extraer algunas conclusiones:

- que la mayoría de los varones que consumen prostitución no pertenecen a edades avanzadas ni son jóvenes acuciados por la erupción hormonal típica del ciclo vital que supone una exigencia libidinal excesiva, sino que son varones entre treinta y cinco y cincuenta años que viven en pareja. Entre ellos el 55% tenía uno o más hijos.
  - No obstante, a pesar que los investigadores habían renunciado de entrada porque, en función de lo extendida que estaba esta práctica, daban por sentado que era imposible formular una tipología de los clientes, las conclusiones reparan en ciertas determinaciones a las que recurren los entrevistados para fundamentar su afición a la prostitución.
- Una de ellas es la abstinencia sexual y la soledad afectiva. De modo tal que la mayoría de los clientes habituales y los consumidores ocasionales explican su debilidad por las prostitutas en función de su timidez, del temor a las mujeres o por otras inhibiciones. Ubican el *by pass* a la prostitución cuando el contacto con las mujeres verdaderamente deseadas se les ve dificultado. Del desempeño en las entrevistas surge que la falta de confianza en sí mismos, la baja autoestima, heridas narcisísticas provenientes de desengaños amorosos, yacen debajo de la explicación que apela a los contactos fáciles que la prostitución ofrece. Siendo la primera causa para devenir cliente con el 75%, la abstinencia sexual y la soledad afectiva se constituye, así, en la principal estrategia de justificación desde que instala a los clientes en el lugar de víctimas. Entonces así, como víctimas de sus propias insuficiencias, aspiran a hacerse perdonar la afición por las putas y pretenden, también, aportarles un sentido aceptable a sus prácticas.
  - La investigación revela que la segunda causa a la que apelan los entrevistados es la desconfianza, el temor y el odio que les inspiran las mujeres. En este grupo se encuentran los varones que fundan su misoginia en experiencias conyugales desastrosas; esas guerras de los Roses que vinieron a confirmar lo que siempre sospecharon: que las mujeres son todas interesadas, despiadadas, egoístas, complicadas e intrigantes. Es interesante observar

que en éste nivel se agrupan los varones que culpan a la sociedad por el protagonismo y el poder que las mujeres están logrando. Son varones que responsabilizan al feminismo por la pérdida de los valores tradicionales al tiempo que añoran las épocas en que los hombres dominaban y ellas se sometían delicada y dulcemente a sus deseos.

- La tercera categoría incluye a los consumidores de mercancías, esos varones que son empujados a la prostitución –según dicen- por que sus mujeres los someten a una vida sexual insatisfactoria. Para ellos, un abismo separa a la compañera afectuosa y cariñosa que han elegido como madre de sus hijos, del personal mercenario que contratan para satisfacer sus necesidades. Al leer sus respuestas parecería que se hubieran aprendido de memoria el texto de Freud “SOBRE LA DEGRADACIÓN GENERAL DE LA VIDA ERÓTICA” donde Freud afirma que, si la sensualidad de un varón ha quedado ligada en el inconsciente a objetos incestuosos o, dicho en otros términos, fijada en fantasías incestuosas inconscientes, esto se expresará de dos formas que pueden excluirse o coincidir:
  - Como impotencia sexual que garantiza la represión de los impulsos incestuosos.
- Como afición a las prostitutas que garantizan un vínculo sensual dónde nada de lo cariñoso está presente. Esto es, una relación en la que la corriente erótica no ha de verse sacrificada en su totalidad a raíz de su proximidad con la corriente cariñosa, sino que queda libre de conquistar en parte, solo en parte, el acceso a la satisfacción en la realidad.

Estos varones sólo pueden ligarse sexualmente con mujeres que ni por lejos evoquen los objetos incestuosos prohibidos ya que su vida erótica permanece disociada en dos direcciones: una encarnada en el amor al arte, en el amor divino, en la ternura, en el cariño desinteresado de sexo y de dinero; la otra encarnada en el amor terreno, la atracción animal, la pasión interesada. **Si aman a una mujer, no la desean, y si la desean, no pueden amarla.** En las prostitutas buscan mujeres a las que no necesitan amar para poder desear.

A diferencia de los varones del grupo anterior, los que culpan a la sociedad y responsabilizan al feminismo por empujarlos al consumo de prostitución, éstos son varones esencialistas, varones que culpan a la naturaleza. Sostienen la convicción de que hay una naturaleza masculina y una naturaleza femenina y, como la sexualidad masculina necesita más satisfacciones que la femenina, se justifica que un varón tenga varias mujeres. Por lo tanto, se resisten a inscribir las relaciones sexuales con prostitutas como un signo evidente de infidelidad, ya que para ellos solo hay ahí un contacto puntual sin que circule afecto alguno. Marcelo dixit .

- Una cuarta categoría incluye a los que explican el consumo de prostitución en función de cumplir con el imperativo de una sexualidad sin compromiso afectivo, sexualidad que elude cualquier tipo de responsabilidad que pueda devenir de un contacto con el “sexo opuesto”. Pagan para ahorrarse los problemas que toda relación afectiva supone y pagan para garantizar que sus descartables *partenaires* no desean otra cosa más que su dinero. El 43 % de los encuestados adhirió a esta postura por considerarla una excelente elección para varones casados que, aun teniendo conflictos conyugales, no estaban dispuestos a correr el riesgo de una ruptura matrimonial.
- Finalmente, Bouamama identifica una categoría más: la que incluye a los adictos al sexo. Esos varones impulsivos y compulsivos que no pueden renunciar a éste tipo de encuentros fáciles e inmediatos, relaciones que no reclaman el pasaje por rituales de seducción y conquista y para quienes el sexo está ubicado en el lugar que la droga tiene para los adictos.

Ahora bien: tal vez el dato más significativo que aporta la investigación es el siguiente:

El 75 % de los clientes se declaran insatisfechos en las relaciones con las prostitutas. Un 59 % se lamenta por padecer algún tipo de disfunción sexual que incluye a la eyaculación precoz, la impotencia o a la dificultad para eyacular. Mientras la mayoría se queja de experiencias que los dejan defraudados, desconformes y decepcionados, otros prefieren aceptar que se sienten ridículos y patéticos por tener que recurrir a la prostitución. Así, los varones que tienen relaciones sexuales con mujeres degradadas (cito a Freud) "evidencian claros signos de no hallarse en dominio pleno de su energía instintiva psíquica que se muestra caprichosa, fácil de perturbar, incompleta y, muchas veces, poco placentera." Y ésta considerable limitación en la elección de objeto, se debe a la distancia que mantiene con la siempre anhelada corriente cariñosa. "No me abraza ni me besa de verdad, y me despacha no bien termina el tiempo del acuerdo" resiente uno de los entrevistados.

Si en algún momento Freud afirmó que (y lo cito) "la degradación psíquica del objeto sexual (esto es: la puta) cumple la función de abrirle el paso a una sexualidad que puede exteriorizarse libremente y le permite al varón desplegar un intenso placer", después, rápidamente se encarga de consignar que (y vuelvo a citarlo) "aquellas personas en quienes las corrientes cariñosa y erótica no han confluído debidamente viven, por lo general, una vida sexual poco refinada. Perduran en ellas fines sexuales perversos, cuyo incumplimiento es percibido como una **sensible disminución de placer**".

De modo tal que, después de sostener que "la degradación psíquica del objeto sexual cumple la función de abrirle el paso a una sexualidad que puede exteriorizarse libremente y le permite desplegar un intenso placer", Freud no tiene reparos en afirmar que "aquellas personas en quienes las corrientes cariñosa y sensual no han confluído debidamente viven una vida sexual con una **sensible disminución de placer**".

Evidentemente, los varones encuestados por Bouamama, son varones freudianos.

## Conclusiones

- Las relaciones sexuales con prostitutas (me refiero exclusivamente a aquellas en las que está presente el intercambio sexo por dinero) tanto refuerzan como desmienten los estereotipos convencionales de aquello que se entiende por masculino y femenino. Tienen, si se quiere, un cierto carácter innovador. A veces los varones son activos; otras veces son pasivos. Los ideales estéticos pueden estar presentes o ausentes. El embarazo puede ser un atributo erótico. La exposición de los clientes a penetraciones y a castigos es más frecuente de lo que generalmente se supone. La experiencia sexual, está del lado de la mujer.
- El pago garantiza que el deseo de la mujer queda siempre en suspenso. Aun en aquellos casos en los que se aspira a que la prostituta llegue al orgasmo como evidencia del placer recibido, lo más anhelado por los varones, ser objeto del deseo de una mujer, es lo más temido. La pasión sexual a precio fijo y por un lapso de tiempo pautado, la condición de descartable hace a la prostituta prima hermana de la esposa frígida. Ambas –frigidez y erotismo comprado- se encargan de atenuar el temor del hombre al cuerpo de la mujer. Además, el pago no es condición para lograr lo que no se puede conseguir por otros medios. El pago es esencial en el caso de varones que disimulan la humillación ejercida a partir del valor en el mercado de los gatos que usan.
- La relación sexual es sólo un medio para ejercer el poder que la degradación del objeto amoroso como fin, testimonia. Cuando la dominación se ha erotizado, la explotación se ejerce para controlar y expropiar a las mujeres de su deseo.
- Pautado por horario, lugar y precio, el *rendez vou* con el cuerpo de una mujer vivido siempre como peligroso, sirve de pretexto para el despliegue de una escena totalmente ritualizada,

simulacro de un encuentro sexual, parodia de una relación pasional, en la que todo está puesto al servicio de la dominación, la denigración femenina (y por lo tanto de la humillación masculina), la recreación de un encuentro con el cuerpo de una mamá donde el varón a veces se instala en el lugar de bebé (masajes, pasividad, succión del pene, danza del vientre de la odalisca, atenciones de la geisha), recibe castigos corporales infringidos por una mamá sádica cuando se porta mal y, en otras, ejerce el papel activo del violador autorizado. Hay algo de resto traumático de una seducción infantil que esta escena evoca.

Dije antes que los clientes son los principales reclutadores de prostitutas y los principales responsables en la cada vez más reducida edad de la "mercadería" que consumen. Entonces, al poner el foco en las mafias; al penalizar a los proxenetas y a las prostitutas, se elude a los clientes y, de esta manera, la sociedad en su conjunto se encarga de aliviar la responsabilidad que cae sobre aquellos que inician, sostienen y refuerzan esta práctica. Por eso es que sostengo que cualquier intervención en este problema debería tener en cuenta las representaciones que en el imaginario social legitiman la prostitución. Las leyes de Códigos Penales o los tratados internacionales necesarios como son, nunca serán suficientes para remover las prácticas convalidadas por las costumbres: ancestrales derechos de los hombres sobre el cuerpo de las mujeres, derechos de los poderosos sobre el cuerpo de los débiles.

Decía que si hay algo que llama la atención es la ausencia de los clientes en los discursos acerca de la prostitución. Los clientes brillan por su ausencia y, si aparecen, lo hacen desde la psicopatología. Por eso pienso que los psicoanalistas debemos estar muy alertas acerca de este tema. Si rápidamente nos allanamos a etiquetar como perversión sexual las prácticas que los clientes sostienen con las prostitutas; si clausuramos el problema con el título de sadomasoquismo porque un empresario contrata a una prostituta para que orine sobre él en una exaltación jubilosa de la "lluvia dorada"; o si nos conformamos con cerrar la cuestión del señor que demanda púberes para su satisfacción sexual como "paidofílico", corremos el riesgo de llevar agua para el molino del ocultamiento. Ninguna duda cabe que la paidofilia es una grave infracción a la ley y un abuso intolerable pero el término "paidofilia" tanto como el de "perversión sexual" designan a una patología que podría suponer, por derivación, que los clientes que frecuentan prostitutas son unos anormales, desviados sexuales que demandan nombre propio dentro de una nosología psiquiátrica, de manera que se evaporaría su carácter de abuso de poder y de violación de toda ética humana. Tanto si aceptamos la naturalidad de esta práctica como si consideramos al cliente un enfermo mental (seguro que los hay, pero ese no es el caso) nos equivocáramos mucho, estaríamos eludiendo la responsabilidad del usuario sostenida por el peso de las costumbres o por la psicología y, lo que sería peor aun, eludiríamos la perspectiva política de las prácticas prostituyentes.